

Bien pensado, voy en bus

Seudónimo: Sydney Glass

Menudo contratiempo. Mi coche no pasó la ITV. Las emisiones de dióxido de carbono, o no sé qué. Hay que ver, cómo se ponen. Que si el medio ambiente... A ver cómo hago ahora para bajar a Sevilla. Tendré que volver a coger el bus, como a los dieciséis. Vaya rollo.

Total, que aquí estoy en la parada, a lo mío, chequeando mis redes sociales. No estoy yo muy sociable por las mañanas, la verdad. Hasta que desayuno no soy persona. “¡Buenos días!”, me saluda la gente que va llegando. ¿De dónde sacan tanta energía, si apenas ha salido el sol? Yo aún tengo pegadas las legañas. “Siéntate, muchacho”, me dice una señora. “Nos apretujamos y cabemos todos”. Me recuerda a mi abuela. Le sonrío y me siento.

Ahí llega el bus. “¡Qué hay, Juan! Vaya día. El tiempo está loco, ¿eh?”, le dice al conductor la señora. “Es el cambio climático, Doña María. Tanto coche...”. Otro comenta con el tal Juan la actualidad deportiva: “¡Vaya tela con el partido de ayer! ¡Por los pelos! Este año no llegamos ni a cuartos, ya verás”. Parece simpático, este Juan. Hasta a mí, que no lo conozco, me saluda alegremente cuando subo y pico el billete: “¡Buenos días, chaval!”

Veo caras familiares. El pueblo no es muy grande y nos conocemos todos. Aquel es amigo de mi hermana. Este es sobrino de la de la librería. Saludo con la cabeza. De pronto me llevo una alegría al reconocer a un antiguo compañero de clase. Nos solíamos echar unas buenas risas. Hacía años que no lo veía. Se le va dibujando una sonrisa mientras me acerco y me siento a su lado. “¡Estás igual de feo, tío!”. Nos reímos. Hablamos de los estudios, de la familia.

El viaje pasa volando. Ya llegamos a Sevilla. Se refleja el sol en los cristales de la imponente Torre Pelli y en las ventanas de las casitas de colores de Triana frente al río. Llegamos a Plaza de Armas y nos despedimos. Me siento bien. Empiezo el día con ganas.

Un rato después me llaman del taller. Que mi coche ya está arreglado y ha pasado la ITV, dicen. Aunque las emisiones están al máximo. Quizá no esté de más que sean tan estrictos. Somos cientos de miles... Y ese es el aire que luego respiramos.

Total, que al final de la tarde recojo mi coche. De vuelta a casa, el atasco habitual. Pitidos. Prisas. Acelerones. Tras las ventanillas, malas caras. El listo de siempre que quiere colarse.

Parece que se mueven las hojas de los árboles. El río trae algo de brisa. Pero ni de broma puedes bajar las ventanillas aquí, en medio del atasco. Hay tanto humo que parece que una neblina oscura envuelve el puente.

El sol se pone sobre las colinas del Aljarafe, pero, con tanto jaleo, nadie le presta atención a la vista. Cuando me doy cuenta, ya es de noche.

Bien pensado, creo que mañana volveré a coger el autobús.